

¿Sólo sé que no sé nada?

“Todos los seres humanos tienen por naturaleza el deseo de saber”, así lo dijo Aristóteles al comienzo de su *Metafísica*. Sócrates, llegó a la conclusión “sólo sé que no sé nada” aun siendo considerado una de las personas más sabias de toda Grecia. Ambos filósofos, o amantes de la sabiduría, pasaron su vida desentrañando ese espíritu que mueve a los seres humanos y que los hace querer conocer, querer conocerse. ¿Cuánto de este espíritu nos mueve cada día?

¿Cuántas veces abrimos la página del *google* o las páginas amarillas? ¿Somos de los que nos pasamos la vida buscando? A veces es lo más cotidiano: un restaurante, las entradas para un concierto o el billete de avión más barato...

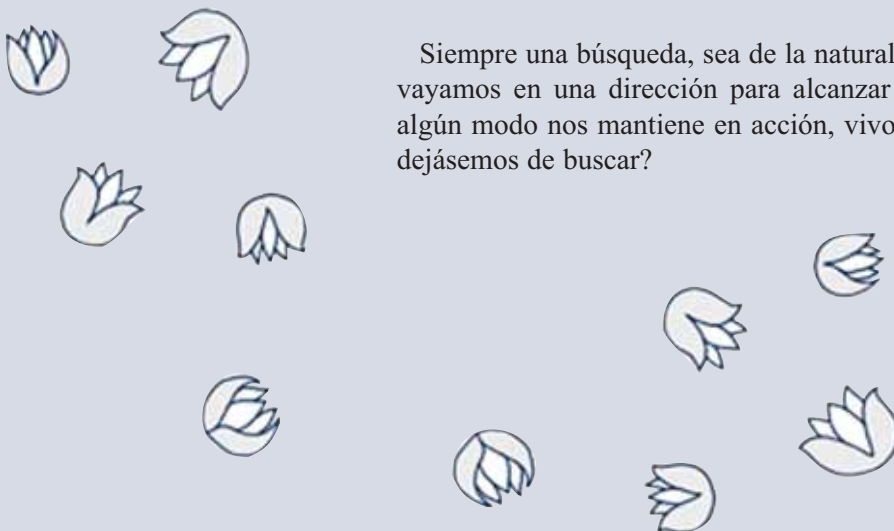
Otras veces la búsqueda va más allá: nos duele el cuello, buscamos un fisioterapeuta; nos vino una canción a la mente, buscamos su título; nos sentimos solos, buscamos amigos... o estamos sufriendo, buscamos algo que nos alivie... En definitiva, buscamos datos que engrosarán el acervo de conocimientos, herramientas, soluciones puntuales a nuestras demandas... Pero, ¿serán estas respuestas puntuales las que nos harán más felices, más libres, más humanos?

Hay una clara diferencia entre conocimiento y sabiduría. El primero se puede transmitir de persona a persona y tiene que ver con la información que poseemos sobre un asunto. La sabiduría, sin embargo, está relacionada, según la RAE, con una conducta en la vida, con un deseo de ser, y sobre todo, con nosotros mismos en lo más profundo.

Hacernos de conocimientos es relativamente fácil: tenemos bibliotecas repletas de información sobre todos los aspectos de la existencia. ¿Sobre todos? Hay un conocimiento, el del “funcionamiento del ser humano”, que no encontraremos en los manuales, en los libros, porque justamente tiene que ver con esa sabiduría, con el espíritu de búsqueda que tengamos, y también con la capacidad para “abrir” los ojos y ser capaces de mirar, sincera y seriamente, lo que sucede en el corazón...

A veces creemos que la providencia, la suerte, el azar, nos trae a la puerta de casa justamente lo que queríamos saber... Pero si miramos atrás y volvemos a enrollar la madeja descubrimos que lo que nos ocurre tiene mucho que ver con nuestras acciones, y con lo que habíamos decidido “buscar”. Que en definitiva tenemos mucho que ver con eso que “nos cayó del cielo”.

Siempre una búsqueda, sea de la naturaleza que sea, implica que vayamos en una dirección para alcanzar lo que anhelamos y de algún modo nos mantiene en acción, vivos... Pero, ¿qué pasaría si dejásemos de buscar?



Desde este instante hacia el futuro

Todo está formado de pequeñas partículas, de elementos que no vemos y que sin embargo cuando se unen conforman la realidad... También podemos ver así “nuestra existencia”: una sucesión ilimitada de instantes, milésimas de segundo que se van acumulando y que conforman los minutos, las horas, los días... Una célula que se cura puede curar todo un organismo y un instante que se aprovecha puede hacer que cambie el rumbo del día. Igual que nos cuesta ver los cimientos de una casa cuando contemplamos su fachada, puede resultar difícil tener presente que para llegar a desarrollar “una buena vida” es importante cada instante, cómo se aproveche y si se desarrolla al máximo de su potencial.

Vivir como si fuera el último día combinado con la capacidad de proyectar hacia el futuro más allá de lo inmediato y con metas concretas y claras, es una posibilidad para que esta vida que “nos ha tocado vivir” sea lo más fructífera posible. Puede parecer contradictorio dar tanto valor a un momento concreto y ser capaz de mirar a lo lejos y de imaginar cómo queremos que sea el futuro de aquí a 10, 20 o 30 años. Sin embargo no es una paradoja: si creemos que la existencia es una sucesión de instantes puntuales si logramos accionar hacia lo positivo en cada uno de ellos en aras de nuestro crecimiento, y sobre todo de nuestra felicidad, así podremos construir una vida que llegue a ser lo que deseamos, influyendo además en nuestro entorno con el que estamos interrelacionados.

Proyectar hacia adelante no significa poner nuestro esfuerzo en lo que será sino en lo que está siendo, como una corriente que no se detiene, o como esa casa que para que sea firme ante las futuras tempestades se va construyendo, conscientemente, de cimientos sólidos.



Uno puede ver el distante futuro con sólo mirar lo cercano e inmediato; uno puede inferir lo que sucederá con sólo observar lo que existe en el presente. Este es el significado de [el fragmento del Sutra del loto que dice: “Esta realidad consiste en la apariencia [...] y su coherencia del principio al fin”.

Gosho Un venerable percibe las “tres existencias”

El Budismo de la siembra

La certeza de que podemos manifestar la condición de vida de la Budeidad, aquí y ahora, y que de la determinación que tengamos en cada instante depende que podamos **“abrir”** ese estado de vida que **“descansa”**, inherente a nosotros mismos, fue una propuesta de Nichiren Daishonin revolucionaria para su tiempo. Su budismo se denominó **“budismo de la siembra”**, a diferencia del **“budismo de la cosecha”** de Shakyamuni, entendiendo el Budismo de la siembra como aquel que implanta la semilla de la Budeidad en la vida de quienes nunca antes, en el pasado, la habían recibido.

En el *Gosho* “Respuesta a Kyo’o” encontramos el siguiente fragmento:

La voluntad del Buda es el Sutra del Loto, pero el alma de Nichiren no es otra cosa que *Nam-myoho-rengue-kyo*. Miao-lo señala en sus interpretaciones: “El corazón del sutra es la revelación de la iluminación del Buda original”. Los Escritos de Nichiren Daishonin, Vol. Uno, p. 119-120

En esta frase el Daishonin indica que su enseñanza va más allá que el Sutra del Loto de Shakyamuni. Tal y como lo explica el presidente de la SGI, Daisaku Ikeda:

“Un buda comienza a instruir al discípulo plantando la semilla de la Budeidad (la enseñanza que permite a toda la gente despertar a su naturaleza de buda innata) y nutre estas semillas, de manera que ellas broten y desarrollen raíces. Después de contribuir a la maduración de las semillas de la Budeidad, el buda finalmente cosecha sus frutos guiando a los discípulos hacia la etapa final de la Iluminación. Nichiren aclara que esta semilla original para la iluminación de todos los budas es la Ley de *Nam-myoho-rengue-kyo*. La acción del Buda de enseñar a los seres vivientes la Ley de la iluminación por primera vez, es conocida como “plantar las semillas de la Budeidad”.

El hecho de que, como resultado de estas “semillas” plantadas, una persona comprenda que la Ley de la iluminación existe en el interior, se conoce como el **“beneficio de la siembra”**. Las personas del Último Día de la Ley (nuestra época actual) pueden lograr la iluminación mediante el Budismo de la siembra, abrazando el *Gohonzon* con fe. El Budismo de la siembra de Nichiren abre el camino hacia la iluminación para todas las personas, haciéndoles posible sembrar las semillas de la Budeidad dentro de sus vidas, las mismas que madurarán y podrán ser cosechadas en esta existencia”.



Un espíritu siempre joven

El poeta Samuel Ullman afirma:

“La juventud no es una época de la vida, es un estado de la mente. No tiene nada que ver con mejillas sonrosadas, labios rojos y rodillas flexibles, sino con voluntad, calidad en la imaginación, vigor en las emociones y frescura en el profundo manantial que da origen a la vida”.

Tsunesaburo Makiguchi, el primer presidente y fundador de la Soka Gakkai, solía decir **“nosotros los jóvenes”** aun cuando su edad biológica no estaba dentro de ese arco que denominamos **“juventud”**. Nosotros los jóvenes, se refería, parafraseando a Ullman, a aquellos que ponen la voluntad, la imaginación y la emoción en cada acto de su vida, y que mantienen ese espíritu de búsqueda porque de algún modo siguen pensando, como el filósofo griego que **“sólo sé que no sé nada”**. El espíritu de búsqueda es una de las características principales de ese espíritu joven al que se refiere Makiguchi, y éste no tiene una fecha de caducidad.

Disponer de esta conducta, de este espíritu de búsqueda puede ser trascendental ya que supone, en primer lugar, abrir nuevas posibilidades que a su vez abrirán otras, reconocer que “no lo sabemos todo”, que hay cosas que pueden modificarse, y que todavía podemos sorprendernos... En estas actitudes se manifiesta la verdadera sabiduría: ser conscientes de que hasta el último momento de nuestra vida podemos crecer, expandir y desarrollar eso que nos hace seres humanos.



Daisaku Ikeda, no cesa ni un solo instante en mantener ese “espíritu joven” y para ello acciona cada día en su lucha para lograr la paz mundial. Basado profundamente en las enseñanzas de Nichiren Daishonin y siendo inseparable de su maestro Josei Toda, se dedica con denuedo a expandir esta corriente de humanismo con acciones concretas en la sociedad. Ikeda, ejemplo de vitalidad y vigor afirma que “quienes tengan un espíritu de búsqueda siempre estarán radiantes, optimistas y alegres. Debemos darnos cuenta de que sólo mediante un espíritu de búsqueda podemos pulir y profundizar nuestra fe. Esto no es solamente una realidad en el ámbito de la fe. En cualquier intento, el espíritu de búsqueda de uno es lo que determina todo”.



Viajero,
¿de dónde vienes
y a dónde vas?
Se ha puesto la Luna,
Pero el Sol todavía no asoma.
En la oscuridad que precede al alba,
Yo avanzo,
En busca de la luz.

Para despejar las oscuras nubes de
mi mente,
Para buscar un árbol inmenso que la
tormenta
No pueda inclinar,
Yo irrumpo de la Tierra.

Daisaku Ikeda (buscar bien)